

Balance del tripartito

La esencia de la democracia no está en el diálogo. Tenemos pocas cosas útiles que decir, casi nadie escucha y, si lo hace, no es para tomar algo de lo dicho, sino para repudiarlo de raíz. Tampoco está en la posibilidad de elegir a alguien para un puesto de responsabilidad, ya que, al fin, todos los aspirantes se parecen en lo esencial –el ansia de poder–, diferenciándose sólo en los afeites. La esencia de la democracia está en la posibilidad de echar al que manda cuando su mandato se torna insufrible, lo que sucede siempre que alguien permanece demasiado en el poder. Y no porque sea cierta la máxima según la cual el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente. Dada la insignificancia humana, nada es absoluto, ni tan siquiera la corrupción; incluso esta es fruto de la mezquindad.

Fue por esta razón –apartar del poder al grupo social dominante en Catalunya desde las primeras elecciones autonómicas– por lo que apoyé la fórmula del gobierno tripartito, parlamentariamente lógica –lo integran tres partidos de izquierda– y constitucionalmente impecable, ya que la idea de que tiene que gobernar la lista más votada no es más que el rebote de un mal perdedor. En tres ocasiones se ha alcanzado en España, desde la transición, esta plenitud democrática consistente en apartar del poder al grupo que se autoconsidera

investido de una legitimación innata para mandar en un territorio que tiene como propio: en 1982, cuando la mayoría absoluta del PSOE desplazó a la derecha, que –en palabras de Azaña– “lleva siglos acampada sobre el Estado”; en segundo lugar, cuando el tripartito accedió al poder hasta entonces ocupado por CiU, y, por último, cuando el PSE relevó al PNV en Euskadi con el apoyo del PP. Esta alternancia supuso, en los tres casos, un episodio de normalidad que, lejos de debilitar el sistema, lo ha reforzado. Especial significado tiene, en esta línea, el acceso del tripartito al poder, por pasar a ocupar la primera magistratura –la presidencia de la Generalitat– un político no nacido en Catalunya, llegado con la inmigración de los años 70 y que ha desempeñado su cargo con impecable sentido institucional y dignidad plena. Este hecho pone de relieve una de las grandes virtudes de Catalunya como pueblo, que es una de las razones fundamentales de su subsistencia como nación: su capacidad de integración o, como gusta decir el president Pujol, su capacidad de sumar.

Pero, pasados casi ocho años, las expectativas electorales del tripartito palidecen. Dejando al margen que este hecho se inscribe en la normalidad democrática –el relevo–, cabe preguntarse por el motivo de la caída. Y este no radica tanto en el resultado de su gestión, más o menos homologa-

ble a la de los gobiernos anteriores, con la excepción de la gestión del orden público –que ha sido manifiestamente mejorable–, sino que está en la actitud de los tres partidos en el ejercicio del poder, distinta entre ellos, pero igualmente negativa para el conjunto. La actitud de IC-V ha sido percibida como fruto de un integrismo ideológico que se traduce en una voluntad de constructivismo social, expresada en la fra-

La actitud de los tres partidos en el ejercicio del poder ha sido distinta entre ellos pero negativa para el conjunto

se oída a uno de sus máximos dirigentes: “El que hem de fer és canviar la mentalitat de la gent”; de ahí su dogmatismo y su afán regulador. La actitud de ERC ha sido vista como el resultado de un radicalismo que, inducido por la organización asamblearia del partido, ha hecho prevalecer la ética de la convicción sobre la ética de la responsabilidad: de ahí los prontos repentinos, los cambios de posición súbitos, la retórica subida de tono y la gesticulación impostada. Y la actitud de los socialistas ha estado dominada por una indefinición

que no es casual sino calculada, con la finalidad de satisfacer en igual medida a las dos almas del partido, compensando cierto desgarramiento verbalista y gestual empleado para complacer a una de ellas con una férrea disciplina de voto –en el Parlamento de Madrid– como obsequio a la otra: “Tan duros con España y tan blandos con el PSOE”, resumió bien alguien que prefiere que no le cite.

Dos reflexiones finales me sugiere esta historia. Es la primera que no puede ejercerse con eficacia el poder si no se está dispuesto a perderlo en cualquier momento; si la preservación del poder se erige en la única meta de la acción de gobierno, decae la autoridad primero, llega la debilidad después y se consume el fracaso por último. Y recae la segunda en la dificultad que conlleva salir de la indefinición en una época de tacticismo y mercadotecnia. Si se me permite un ejemplo, salir de la indefinición no es –por lo que a los socialistas se refiere– colocar a Tura y Corbacho en dos lugares preferentes y consecutivos de la misma lista: nunca saldrá de ellos un buen cóctel por mucho que se les agite; el problema está en la receta, es decir, en un programa claro y concreto, que ha de ser asumido por todos y que seguro que no puede satisfacer plenamente a nadie: ni a un alma ni a la otra. Porque hay dos almas, pero un solo cuerpo electoral.●